DEDICADO A LA DISCUSION Y AL ESTUDIO DE PROBLEMAS ANARQUISTAS

PRECIO

0.20

CENTAVOS

el ejemplar :

SUPLEMENTO QUINCENAL

Aparece los 15 y 30 de cada mes

REDACCION y administr.:

> PERU 1537

:: Buenos Aires

BUENOS AIRES MCMXXX

ANO IX - NUMERO CCCXXV

El naturalismo en la medicina, en la educación y en la política

EN MEDICINA: Muchas son las enfermedades, en las que la intervención del médico es innecesaria. En general, puede decirse de todas las enfermedades infecciosas. El sarampión, la escarlatina, la fiebre tifóidea, la viruela, la grippe, la pulmonía y las bronquitis, la tos ferina, etc., evolucionan igual sin tratamiento, que empleando todos los recussos de la medicina. El público se hace la ilusión de que llamando al médico, se ha asegurado ya contra lo fatal, y el m.dico fomenta, de buena o de mala fe ,esta creencia en su mediación indispensable. Lo más eficaz en todas estas afecciones, es la naturalidad en el ambiente que rodea al enfermo. Nada hay más eficaz que las fuerzas de la naturaleza, dejadas en libertad de obrar. Nuestra actuación debe limitarse a suprimir todo lo artificioso en la alimentación, en el género de vida y en el ambiente. Nada nos enseñará más que el estudio de la naturaleza, que la imitación del instinto de los otros animales, ya que el nuestro lo hemos dejado perder en muchos siglos de civilización absurda.

La misma ilusión que sobre un caso de enfermedad, nos hacemos sobre la sanidad de la nación, o de la colectividad. Si la institución médica no velara por nuestra salud, las epidemias nos devastarían y la enfermedad se ensenorearía de nosotros. No hay que decir lo provechoso que es este redentorismo para nuestra profesión. La verdad es muy otra. Si no hay más enfermedades, es porque ya hay bastantes. La naturalidad reinando en todo, en la vida individual, como en la colectiva, en nuestra vida, como en la organización urbana, sería el único medio de restringir las enfermedades. Otra vez se trata de destruir todo lo artificioso.

EN EDUCACION: Se ha creído que la buena o mala conducta, era resultado de la buena o

mala educación recibida .El niño sin padres o sin maestros que lo modelen, se cree que, indefectiblemente ha de ser un mal sujeto, un amoral o un perverso. De aquí el empeño de padres y educadores por conformar, con arreglo a un patrón, a sus hijos y educandos, y la tranquilidad de la colectividad, sabiéndose bajo la vigilante mirada de los educadores. Hasta el individuo llegó la ilusión de que debía agradecer los coscorrones de sus mayores. La verdad es, que el que nace malo, torcido o cruel, lo sigue siendo toda la vida, y el que nativamente es bueno y de sentimientos nobles, los sentirá aunque nazca en el arroyo. Es decir que ningún podre o educador hace bueno al que no lo es, ni la falta de educación hace malo al bueno. Cada uno es como nace, y como se modela sobre todo en los tres primeros años. La mayor influencia del educador es durante la lactancia, y por eso en tal empresa nadie puede substituir a la madre.

Que el niño sea como debe ser, ha venido a decir un notable pedagogo alemán, "el tío Jensen". Dejarlo moldearse espontáneamente, sin imponerle nosotros un molde siempre deforme e imperfecto. Una véz más, la naturalidad (la espontaneidad de la vida en la naturaleza), reconquista sus prerrogativas antes negadas, y la educación empieza a echar por la borda los artificios.

EN POLITICA: La paz de las naciones, su aparente buen concierto, es fruto de los gobiernos, de los hombres geniales que se sacrifican por el bien colectivo. Tal el mito, creído por las gentes, y fomentado por los escamoteadores de la política. Gracias a las coacciones que los gobiernos ejercen sobre los gobernados, (la policía, la guardia civil, los presidios y los jueces), la sociedad no es un presidio suelto. Es decir,

que se cree, y hasta de buena fe, que sin tales terrorismos, todos nos dedicaríamos al saqueo, al pillaje, al crimen y a la violación: Seríamos peor que bestias. Los gobiernos fomentan tales leyendas, porque sin ellas no durarían ni un día más.

La verdad, es que el que comete un crimen, o un delito, le importa un comino lo que le va a venir luego. Lo hace impulsivamente cegado por una pasión o por un tóxico, o deliberadamente sabiendo lo que le espera. Los demás no somos criminales, aunque se nos asegure la impunidad. Sencillamente porque no; porque tendríamos que violentarnos más para serlo, que lo que nos violentamos para dejar de serlo. Y la verdad, es que las sociedades están edificadas sobre la injusticias y la usurpación, sobre la desigualdad y la miseria humana, y estas sociedades artificiosas, son las que necesitan de la coacción. El hombre es sér sociable por naturaleza, y viviría pacíficamente en sociedad, si esta estuviera edificada sobre la razón y el modo de ser espontáneo y natural del hombre. Y también aquí, y más que en ningún otro sitio, se está haciendo necesario y urgente dar una patada al artificio, y reformarlo sobre la naturaleza.

Deshacer estos tres mitos, a cual más pernicioso para el hombre, no es tarea fácil a pesar de su aparente sencillez. Y ello, porque los sofísticos defensores del artificio, han embarulado hasta el lenguaje. Tenemos que empezar por no confundir cosas que aunque lo parecen no son lo mismo: Así, falta de tratamiento ,no es lo mismo que tratamiento torpe. Falta de educación, no es lo mismo que mala educación. Falta de gobierno o aparquía, no es lo mismo que gobierno desenfrenado, o que desgobierno. Se trata de evitar las influencias que no son naturales, aunque se conceptúen buenas.

El hombre si vive sin artificios, no tendrá la salud de ahora, pero tendrá mejor salud. Si evitamos al niño influencias educativas que no sean naturales, habremos permitido que sea de distinto molo, pero más sincero y noble que lo es hoy, modelado coom el arbusto por el jardinero. Y si libramos a la sociedad de sus injusticias y artificios, y de toda coacción arquista, habremos hecho de ella una institución distinta, pero habremos librado al hombre de una de sus peores desfiguraciones: habrá desapareeido el hombre-culebra, y el hombre-perro, y el . hombre-zorro, y el hombre-camaleón, porque sus virtudes respectivas (la bajeza, la fidelidad, la astucia y la hipocresía) se habrán hecho innecesarias. El hombre será como deba ser.

I. PUENTE

EL NIÑO Y EL HOGAR

Los conflictos del niño

En los conflictos con el mundo, dejad que el niño. se responsabilice de sus actos y resuelva sus propiosproblemas en la medida que esto sea factible. Comprobará pronto que las condiciones sociales coartan su libertad, os corresponderá a vosotros explicarle, cuando él os lo pregunte, por qué no puede poster cosas que pertenecen a otras personas, por qué nopuede corretear por el césped de las plazas, por qué no puede llevar los cuadros del museo, etc. Pero no. vaciléis en decirle la verdad, toda la verdad, al contestarle estas preguntas. Sean cuales fueren las mentiras que la vida cotidiana os obliga a decir, dejadlas a un lado y aproximaos a vuestro hijito con mentepura. Convertios en un inocente niño en su presencia. Si duda de vuestras, palabras, no ejerzáis presión para que se someta a vuestros puntos de vista; dejadle que transgrieda y vea por sí mismo lo qua

Si el niño prorrumpe en gritos en la calle o en el tranvía, sin que seáis vosotros culpables de ello, si no podéis convencerle que su comportamiento es grosero, no intervengáis. No os avergoncéis ante el público. Si el público tiene algo que decir, dejadle que hable.

Hablando en términos generales, no debéis intimidaros por los gritos del niño. Si estáis convencidos que está equivocado y obra por simple despecho, haced caso omiso unas cuantas veces de sus lloriqueos y pataleos y veréis como transige y — lo que es más — no repite la misma escena en lo sucesivo. La piedad no siempre resulta útil. Por lo demas, tales ocurrencias son imposibles y raras en un niño educado recionalmente desde el principio.

Cuando los adultos tienen altercados con los niños, las más de las veces, aunque no siempre, los últimos tienen razón, y más de un padre lo reconoce así al calmarse. Si reconocéis que habéis sido injustos, tened el valor de admitirlo ante el niño y pedirle perdón. Esto influirá saludablemente sobre él y le enseñará a no ser tan testarudo y reconocer también sus propios errores.

Si el comportamiento del niño en la mesa es inseportable, no lo mandéis fuera. Le conquistaréis
más bien dejando la mesa vosotros mismos en son
de protesta y yendo a comer a cualquir otra parte.
Si ha sido bien educado, este acto le apenará más
que cualquier otro y cederá en seguida. Pero, eso si,
cuando se presenten tales casos, estad seguros, antes:
de obrar, de tener razón.

Dr. LIBER

ODIGUEL BAKUNIN

ESTATISMO Y ANARQUIA



De la anarquía desunida a la anarquía integral

1

Mejor que todos los programas las tres palabras admirablemente unidas: libertad, igualdad, fraterni. dad, resumen las aspiraciones humanas progresivas en su fin y en sus medios tanto como en su conjunción indisoluble. Ninguna de estas tres aspiraciones puede existir sin las otras, ninguna puede realizarse sin la cooperación de las demás, su conjunto sólo elevará a la humanidad a su verdadera dignidad y a la expansión sucesiva de todas sus facultades. Para nosotros, anarquistas, esa trinidad se traduce por anarquía, condiciones económicas equitativas y práctica universal y reciproca de la solidaridad. Nosotros solos nos hemos vuelto los verdaderos intérpretes de esta concepción general y generosamente concebida y expresada, pero inadecuadamente aplicada por todas las otras tendencias políticas-y sociales. Un liberalismo sin igualdad, un comunismo sin libertad, una igual sumisión a la patria, al Estado, sin libertad ni igualdad en supuesta fraternidad de compatriotas, antifraternales frente a todos los otros pueblos, tales fueron los resultados míseros de las aplicaciones parciales de esa concepción de conjunto, y vemos esas producciones poco viables estrellarse ante nuestros ojos, el liberalismo pisoteado en todas partes por la autoridad brutal, el socialismo autoritario reducido al autoritarismo puro y simple, y la fraternidad desterrada de este mundo erizado de armamentos y vegetando siempre entre dos guerras. Un día el mundo será feliz reconociendo que en los anarquistas había conservado y conserva los defensores de la integridad de esa trinidad de las aspiraciones, y nos corresponde a nosotros quedar a la altura de esa bella misión cuyos caminos, por erizados de obstáculos que estén, se allanan sin embargo casi automáticamente por el fracaso sucesivo de los siste. mas autoritarios.

Pero si estamos en el buen camino, si tenemos la rara dicha de ser verdaderamente los primeros que abrazan esta buena causa, esto debe hacernos ante todo modestos y aplicados, porque las buenas aspiraciones y la buena voluntad no son todavía una garantía de la posesión de un verdadero dominio único e infalible. Se ha planteado solamente el pro. blema: que en la unión de libertad (anarquía), igualdad (socialismo) y fraternidad (solidaridad recíproca) queda la felicidad del porvenir, pero coneso no se halló todavía su solución o sus soluciones prácticas. En general, por genial que sea una nueva concepción, por feliz que sea una invención en su comienzo, se encuentran siempre en un estado de primitividad que poco tiempo después, y con más razón una o más generaciones más tarde nos parecen increíbles, casi legendarias. ¿Quién no ha visto en los museos técnicos históricos las primeras máquinas a vapor del siglo XVIII, los primeros aparatos eléctricos del tiempo de Volta, las locomotoras del tiempo de Stephenson, o las prensas de imprenta del siglo XV, las primeras armas de fuego o en nuestro tiempo los velocípedos, los automóviles, los aviones 'en sus formas iniciales? Lo mismo ocurre con las

ideas que no hallan una forma un poco durable y práctica de aplicación más que después de haber superado el período en que el razonamiento, el sentimiento, la fantasía las manipulaban, y una vez alcanzado el período de la experiencia ganada por el contacto de la diversidad de las situaciones que presenta el mundo real. Es, pues, inevitable que las ideas libertarias hayan sido esbozadas también primeramente en formas incompletas, unilaterales, dependiendo ante todo de la condición personal y del ambiente de sus primeros enunciadores que no podían basar su obra en el trabajo colectivo de generación y generación. Lo mismo ocurrió con el socialismo en general que fué presentado así en formas muy variadas y más o menos viables.

De este modo particularmente diversos pensadores libertarios adoptan una actitud indiferente respecto a la cuestión de la libertad, declarándola unos nominalmente ilimitada, reclamándola otros tan grande como sea posible, introduciendo los unos el principio de lo absoluto, los otros el de lo relativo. Su împetu les hace perder de vista la interdependencia de los hombres, cuya forma anheiada para el porvenir es la solidaridad recíproca. Esta solidaridad, puesta en práctica, exige al menos un mínimo de cooperación voluntaria, y las formas de esa cooperación, llamadas organización, hacen imposible la libertad ilimitada e influencian las formas de la libertad relativa. Las formas de la igualdad económica son influenciadas por los dos factores, el libertario y elsolidarista.

Así es posible una variedad de combinaciones, según las disposiciones muy desiguales de los hombres y tantos otros factores, y sería temerario figurarse que las primeras afirmaciones sobre este terreno tan delicado puedan tener un carácter definitivo, un valor permanente, lo mismo que ninguna máquina se ha detenido por su modelo de 1830 o de 1880, y como ninguna se detendrá en su modelo 1930 y más tarde. Autores de talento, oradores y propagandistas, gru. pos y organizaciones han insistido sobre una a otra de esas combinaciones con fervor persuasivo, una fe inquebrantable, una paciencia y tenacidad admirables, pero hasta hoy su gran împetu les hace olvidar muy a menudo el carácter pasajero, provisorio de casi todo lo que una idea, aunque sea la más justa, produce en sus estados iniciales. Así se formaron ... escuelas, partidos y se han estorbado en sus soluciones especiales, en gran detrimento de la vida real de las ideas, que no conoce estas detenciones ficticias, esas incrustaciones prematuras, esa transformación en dogmas de verdades relativas y variables.

Más todavía: esos sistemas, según la voluntad o el temperamento de sus autores, representan en parte la descripción de un estado social sólidamente establecido después del triunfo de la libertad y de la justicia; en parte de aplican en los primeros momentos, en la fundación misma de la nueva sociedad. Pero al compararlos se tiene demasiado poco en cuenta esas localizaciones diferentes y se llega a considerar más avanzado al pensador que se ha aventurado más adelante en lo desconocido del porvenir.

De todos modos se ha evitado la autocrítica e intensificado la crítica a las concepciones de los otros. Esto fué en los orígenes de la literatura socialista doctrinaria como una lucha de los inspirados de otras tantas religiones nuevas y, triste es decirlo, después de un siglo no hemos todavía salido de esa era de las rivalidades e intolerancias iniciales.

Los unos, tales como Josiah Warren y Proudhon, han tomado por base la libertad y la reciprocidad, cuyo libre juego estableceria un grado satisfactorio de igualdad relativa. Los otros, todos los colectivistas, han considerado esencial establecer ante todo la igualdad de condiciones por la propiedad colectiva, y la libertad por la destrucción del mecanismo estatista, y entonces, en solidaridad, se establecerían funcionamientos satisfactorios de la reciprocidad. Eso podría hacerse sea por el cambio más equitativo, llamado cambio igual, sea por una reciprocidad absoluta, el todo es de todos del domunismo libertario. En otros términos, en vista de la ausencia de todo esfuerzo libertario por la propiedad colectiva, confrontados solamente por el comunismo autoritario, el fourierismo sectario y un asociacionismo demasiado poco libertario, inspirados el primero por la amplitud de las soluciones individuales abiertas en la América nueva, Proudhon y Tucker por el régimen del contrato que ellos vefan en el derecho y en el comercio, los mutualistas han creido poder eludir. el establecimiento de la igualdad de las condiciones por un acto revolucionario colectivo y han creido poder fundar el cambio igual directo y todos los otros arreglos equitativos entre hombres por pactos mediante la reciprocidad directa inmediata. El capitalismo fué más poderoso que ellos por su monopolio económico y los colectivistas revolucionarios han concentrado, pues, su primer esfuerzo sobre la destrucción de ese monopolio y de su sostén: el Estado. Han proclamado el producto integral del tra bajo al productor, es decir, el producto no roido por el capitalista y por el Estado y su distribución según los arreglos mutuos de los productores. Esa concepción dejaba el camino libre a todas las formas de retribución equitativa, de cambio directo y de dis. frute libre, sin contar que convendría aceptar a los productores en el interior de un grupo o entre gru-

Ese fué el colectivismo de la Internacional, en vigor incontestado desde 1868 a 1876 aproximadamente y en España hasta 1882 todavía. Fué verdade, ramente el cod ctivismo sin adjetivo, la solidaridad social que se manifestaba libremente en divesas formas económicas elegidas y aceptadas voluntariamente por los productores. El gran objetivo inmediato fué entonces la revolución social, la posesión de los instrumentos de trábajo y de la riqueza social y la destrucción del aparato de coacción que pesa sobre todos, el Estado. Después, los nuevos arreglos entre organismos de productores por el pacto, que culminarían en las federaciones voluntarias y en las modalidades convenidas para la distribución de los productos.

El Estado burgués que durante bastante tiempo se había desinteresado de las cuestiones sociales y había dejado las manos libres a los capitalistas, sintiéndose amenazado por la formidable insurrección comunalista de París en 1871 y viendo pronto el principio estatista sostenido por la social-democracia, comenzó entre 1871 y 1880 a mezclarse cada vez más en las cuestiones económicas (protección) y sociales (legislación obrera) y se convirtió así en un enemigo más difícil de combatir puesto que gracias

a funciones de alguna utilidad aparente o pretendida, se ligó más a la vida de las poblaciones que antes en su abstención altiva. Esta situación habría exigido una cohesión más determinada que nunca de las fuerzas colectivistas revolucionarias: deplorablemente, al contrario, esa cohesión fué dislocada entonces progresivamente.

En los años 1879, 1880 y 1881 dos series de acontecimientos importantes estuvieron ante los revolucionarios europeos. Uno fué la caída de los gobiernos conservadores en Francia, Inglaterra y España, lo que abrió el camino a una vida política pública agi. tada, La desilusión ante los nuevos regimenes llamados liberales rompió la adhesión de muchos hombres avanzados al liberalismo en sus años de derrota y maduró su interés por el socialismo que entonces, reforzado por muchos de esos descontentos radicales, fué fundado por primera vez duraderamente en Inglaterra, que se mostró numeroso y entusiasta en Francia después de casi diez años de vida pública reprimida y que en España, después de la caída de Cánovas del Castillo, hizo tan pronto, en 1881 y 1882, recuperar a la Federación de Trabajadores todas las posiciones ocupadas por la Internacional en 1873. Es verdad que inevitablemente también el socialismo parlamentario creyó entonces llegada su hora y reclutó a los ambiciosos y a las victimas eternas en sus filas, pero había todavía fuerzas revolucionarias en aquella época en el socialismo: los obreros ingleses que inauguraban el nuevo movimiento y que después de algún tiempo se separaron claramente del socialismo político, los hombres de la Socialist League, Williams Morris entre ellos, los blanquistas con Blanqui mismo, libertado por fin y que militó entonces hasta la última hora de su vida, a fines de 1880, y la Federación española, inquebrantable en sus ideas anárquico-colectivistas y en su linea de conducta, la politica demoledora. Y existian en Francia todos los elementos revolucionarios que el autoritarismo blanquista rechazaba y que acudían al anarquismo, hasta entonces casi desconocido en Francia, y que daba una satisfacción tan amplia a todas las necesidades de florecimiento libre, político y social.

La otra serie de acontecimientos fueron acciones violentas de oprimidos de carácter diverso: los actos de revuelta agraria en Irlanda, en Andalucía y a veces en Italia, la lucha terrorista sistemática de los nihilistas rusos, las conmociones y la insurrección en Egipto, las tentativas regicidas a partir de 1878 en Alemania, Italia, España, Austria y el zaricidio del 13 de marzo de 1881, algunas huelgas violentas y actos de carácter social contra los burguetes, todo eso dió entonces la impresión de una tempestad revolucionaria social que se aproximaba, aunque ahora y desde hace largo tiempo se ha podido discernir que fueron más bien hechos muy aislados, causados por condiciones locales o personales especiales y no aun los primeros signos de la verdadera indignación social desbordante y que se transformaba en revolución, una hora de liberación que esperamos todavía hoy, cincuenta años después, sin verla ve-

El movimiento anarquista internacional estaba entonces muy extremado, por las persecuciones que casi en todas partes le habían forzado a vivir subterráneamente, por la retirada de militantes de larga actuación como Guillaume, Schwitzguebél, J. G. Viñas, por la defección de hombres como De Paepe, Costa, Brousse, pero contaba todavía con Kropotkin, Mala-

testa, Cafiero, Reclus, Farga Pellicer y muchos otros hombres de gran valor y de gran experiencia y una juventud nueva acudió, sobre todo en Francia. No vale la pena recriminar, todos han hecho lo mejor que han podido y sabido, pero que me sea permitido decir que de la situación descrita aquí se habría podido sacar una ventaja más grande y más permanente. Eso se comprendió y siguió en España, donde la Federación regional reasumió el trabajo de la Internacional, que continuó literalmente y los años 1881.82 muestran una expansión grandiosa de la organización que data de 1870 y en sus primeros orígenes de 1868. Pero desde los últimos meses de 1882, esto progreso, que había alcanzado aun solo las dimensiones de 1873, todavía insuficientes aunque llegaba la organización de 30 o 40.000 miembros, fué ya cortado por tendencias y acontecimientos ligados a la orientación que el anarquismo había tomado en los otros países, y el progreso, ya en 1883, se detuvo allí claramente. ¿Quién, por tanto, ha obrado más favorablemente a nuestra causa, los que en diez y ocho meses de los años 1881 a 1882 habían reconstruído un movimiento floreciente, o los que habían dado al movimiento de casi todos los países una dirección que más bien le redujo de nuevo a una vida subterránea o a una vida de aislamiento más o menos grande? Me parece que hay ahí un asunto de discusión: si en esos años, los primeros de una renovación relativa después de los años de gran vida pública de la Internacional en 1868-1871, habría valido más difundir la idea colectivista revolucionaria en la amplitud descrita aquí que no excluía ni el mutualismo ni el comunismo voluntarios, libremente acordados, o si valía más determinar como solución económica del anarquismo el comunismo sólo, eliminando en lo sucesivo todos los otros matices económicos por una polémica incesante y a menudo más agria que dulce.

Eso se hizo, como se puede todavía demostrar, bajo la impresión de que las corrientes y actos de revuelta social de entonces, mencionados más arriba, eran el preludio de una revolución social próxima y que el pueblo, imbuído de instintos comunistas ante todo, no se acomodaría nunca a exigencias colectivistas que querían medir lo que corresponde a cada uno siagún el trabajo hecho por él. Por esta razón se echó el colectivismo por la borda, atribuyendole tendencias autoritarias y de regresión a una nueva acumulación de propiedad, y no se reconòció pronto más que el comunismo anarquista en Francia, Bélgica, Suiza romanda y en Italia.

Sin embargo, sabemos que los colectivistas, por ejemplo Bakunin, habían reconocido siempre que en el primer acto de una revolución victoriosa habría esa arquia popular, como Bakunin la llamaba, un período de satisfacción sin contar de todas las necesidades inmediatas por el pueblo que así crearía hechos cumplidos. A eso seguiría la reorganización de la producción por las vías más directas, la asociación libre, la federación y los pactos. Es entonces cuando, según el desco de los participantes, los diversos métodos, del mutualismo al comunismo, se aplicarían entre los interesados.

Nadie ponía en litigio ese comunismo inmediato, pero había quien comprendía que eso no podía dufar un tiempo indefinido, pues las acumulaciones son restringidas y la renovación de la producción es absolutamente esencial para prevenir, siempre, la falta y la mentalidad y las acciones autoritarias que se derivan siempre de la verdadera escasez. Otros tenían nociones exageradas de una abundancia de

las acumulaciones, del aumento de la producción por el trabajo voluntario, de las invenciones que multiplicarían pronto los productos, etc., y soñaban así con la toma del montón contínuo desde la primera hora. Estos últimos rechazaban pues con desprecio todos los cuidados que los primeros preconizaban para restablecer la producción con ese mínimo de organización que parece exigir técnicamente, y creían en una autocreación casi espontánea de los productos por el trabajo absolutamente libre, que correspondería abundantemente a las exigencias libres de todos los consumidores.

En el fondo, esos son problemas técnicos: en ciertas condiciones tal rama de la producción entregará con certidumbre productos tan abundantes como el agua de los conductos de agua que cada cual usa a discreción, que nadie acumula y que nadie se toma el trabajo de abusar de ella; respecto de otros productos esas condiciones no existen todavía y queda por decidir-si se quiere crearlos en abundan. cia o si verdaderamente sería más práctico producirlos individualmente, etc. Pero en los años que siguieron a 1880, en espera apasionada de acontecimientos revolucionarios, no se hicieron ni reflexiones ni cálculos: se abrazaba la tesis de la abundancia, de la toma del montón, de la espontaneidad, y se consideraba como retrógrado todo pensamiento de una reorganización más esmerada que los colectivistas crefan esencial después de pasado el primer delirio de la anarquia popular. Volvéis a la autori. dad y a la propiedad privada, decian los comunistas a los colectivistas; llegaréis pronto a la escasez, a la penuria y al caos y entonces los más débiles volverán bajo el yugo del más fuerte, respondían los colectivistas.

Despertar de conciencias

La pasividad no cra muerte, era más bien cansancio; no cra renuncia, sino más bien indiferencia. No se luchaba, es verdad, pero tampoco se repudiaba la lucha; no se avanzaba hacia el porvenir, pero las fuerzas de reacción no lograron tampoco hacer volver al pasado. Lospueblos no dejaron ni por un solo momento de constituir la última y la más legítima de lasesperanzas. Se ha corrido un gran peligro de recaer en una nueva edad media económica, política y espiritual; quizás el peligro no ha pasado todavía; pero se va en camino de superarlo. Hay ya sintomas que nos hacen alentar esperanzas nuevas de resurrección y de despertar de las conciencias. ¿Dónde están? Son aun tan difusos, tan imprecisos ,tan borrosos que solo una sensibilidad refinada para las cosas del progreso puede percibirlos a través del fragor mundial adverso. Primero se sienten, después

Quis Falbri

se razonarán y se tornarán palpables para to-

Lo mismo que esas brisas refrescantes y ténues que lleg in a nosotros sin saber de dónde ni cómo, así sentimos ahora ante el panorama internacional un hálito de animación y de fe. De donde nace, como se ha de manifestar? No lo sabemos todavía, Pero se manifestará, y de nuestra parte debemos concurrir con todo vigor a que así sea. Una parte del porvenir está en nuestras manos. La historia es regida por múltiples factores, pero uno de ellos, el más importante, es la voluntad humana. Si nuestra voluntad se afirma, la balanza se in-

clinará a favor del progreso, pero si vacilamos, si no cumplimos hasta lo último con nuestro deber, dejaremos pasar la oportunidad y volveremos a vegetar un largo pe-. ríodo bajo la férula de los despotismos y de las usurpaciones. Los pueblos se muestran a disgusto con la realidad cada día más insoportable; ese disgusto puede ser explotado por las potencias del mal para forjar con ayuda de las grandes masas nuevas cadenas para consolidar la esclavitud, pero puede ser aprovechado por los factores del progreso para reavivar la marcha hacia el porvenir.

La caída de la dictadura primo-riverista en España no debe ser la última; debe ser el primer paso del derrumbe del vetusto andamiaje absolutista.

Es hora de combate, de combate intelectual, de combate moral, de combate material. Con la palabra, con la pluma, con los puños, con el cerebro y con el corazón; el arsenal es-inmenso; si hay dificultad está en la elección de los medios, no en la falta de recursos.

Lo que se requiere en todo caso es audacia, siempre audacia. Sin ella no acabaremos deroinper el hielo que nos circunda y no determinaremos el comienzo de una corriente histórica progresiva.

En las prisiones españolas

Enterrados en las prisiones españolas se encuentran numerosos portavoces y soldados de primera fila del movimiento obrero revolucionario. Quizás no digamos nada exagerado al expresar nuestro pensamiento de que el porvenir de España está en las cárceles. Es de allí de donde ha de salir lo que no sale de fuera: el empuje vigoroso para abrir en la historia una



recluidos en el penal de Ocaña (España) Como éste existen muchos otros en las carceles del último de los reyes histancs.

Grupo de compañeros brecha nueva. Cuanto se haga por desenterrar a nuestros presos y por volverlos a la vida de batalla y de ensueño, lo haremos por el mañana venturoso de paz, de justicia y de trabajo.

En la fotografía que reproducimos aparece un núcleo de compañeros del penal de Ocaña; todos jóvenes, todos llenos de vida y de esperanza a pesar de los martirios. Cada uno de ellos representa una tragedia. Han formado dentro del presidio una cooperativa de trabajo, la que les permite reunirse y aliviar su triste destino.

¡No los olvidemos! ¡Por ellos y por nosotros, 'no olvidemos a nuestres presos!

Han recuperado su libertad los condenados por el atentado de Garraf; se anuncia como probable la liberación del compañero Massachs Torrent, que atentara un día contra Primo de Rivera. Un último esfuerzo y nuestros presos de España volverán todos a la brega por la realización de sus ensueños, que son también los nuestros.

EL PROBLEMA DEL [Temas del congreso de Santa Fe TRABAJO LIBRE en la ANARQUIA

III - La remuneración del trabajo

Una de las más fuertes razones por las que hoy el trabajo es considerado como un castigo, es que se ejecuta bajo la perenne amenaza de una venganza como una cosa forzada, sin libertad. Arrancar al trabajo de esta sujeción, hacer de él una actividad libre del hombre, he ahí uno de los objetivos prin cipales de la revolución social.

La solución estatal, propuesta por los socialistas democráticos y los comunistas dictatoriales, desplaza simplemente los términos de la cuestión, no la resuelve — más bien la agrava. Poner toda la labor de la tierra y de las industrias en las dependencias del Estado, como la de los servicios públicos, no quita a los obreros su condición de "asalariados"; y el sumar la sujeción política a la económica puede, en vez de atenuar, agravar su opresión.

Cuando el Estado fuese el dador y regulador del trabajo, se habria simplemente substituído al capita Iismo por el capitalismo del Estado. Como se ha vis to en Rusia, a la vez que dejaría a los trabajadores más o menos en las mismas condiciones penosas que en el régimen capitalista, no alcanzaría siquiera el objetivo principal que se propone y con el que jus tifica sus coerciones: es decir, no obtendría la producción suficiente y ni siquiera la que es posible en el régimen del privilegio.

Y es que el privilegio no sería eliminado, sino sólo transferido y de un tipo diverso. Los privilegiados no serían ya los patrones privados, sino los gobernanted y los jefes centrales de la burocracia del trabajo; y este privilegio ejercería la misma influencia desmoralizadora que el abolido. Además de haber convertido en engranaje pasivo del Estado también a ese personal técnicamente dirigente, al que hoy una especial situación deja una suficiente libertad de iniciativa y mayor sentido de responsabilidad, hará más torpes los movimientos y menos productivo todo el trabajo que de él dependa.

En el campo del trabajo y de la producción, lo necesario, pues, no es restringir cada vez en más pocos jefes centrales toda posibilidad de iniciativa, trasformando a todos los otros en máquinas, sino des arrollar el espíritu de iniciativa en todos los elementos humanos de la producción, extender el terreno de la libertad, de modo que cada uno vea en lo que hace algo suyo y de lo cual tiene una responsabilidad personal. Porque el hombre no es una máquina que recibe su impulso del exterior, que obedece mocánicamente al guía exterior y hace todo el trabajo de que es capaz; el hombre, aun cuando se dedica a un trabajo infimo, recibe el impulso de su inte rior, y si se rompe o desvía el resorte de su voluntad, su trabajo sufre, empeora, se atrasa o se detiene.

Existe, o ha existido, la tendencia a reducir el elemento obrero a un estado cada vez más pasivo, a la condición de simples máquinas; y alguien ha estudiado hasta el sistema de habituar a los obre

ros a movimientos siempre iguales y calculados, pa-

ra obtener una mayer producción (1). Pero esta tendencia repugna a nuestro sentimiento de dignidad y de humanidad, y es, además, del todo ilusoria. Los hombres que tienen conciencia de sí mismos, por escasa que ella sea, no se habituarán nunca a la condición de máquinas inertes; y aunque llegasen a un estado de embrutecimiento como el que se describe en "Los Tejedores" de Hauptmann, antes o después se producirá una formidable explosión del sentimiento interior despertado por la propia humanidad, y todo el sistema se derrumba-

El máximo de producción posible se obtendrá, pues, sólo cuando todos los que trabajan, trabajen voluntariamente, por intimo sentimiento del deber, por la complacencia de la propia obra, por la persuasión hecha carne en ellos de que su trabajo está en directa y estrecha relación de causa a efecto con su bienestar material y moral. Pero este estímulo de la voluntad interior faltaría si la voluntad fuese muerta, o mutilada, o disminuída por el palo del sayón o la amenaza del hambre. Para trabajar a gusto, el obrero deberá estar interesado en su trabajo, sentirse libre frente al mismo y tener su parte de responsabilidad.

Todo ello le vendrá en parto del sentimiento del deber (que debe ser educado en él desde hoy) y de la comprensión de la utilidad individual y social de su trabajo. Pero estos elementos morales no bastan, y en el comienzo derán muy escasos para ser el único impulsor suficiente de actividad y de disciplina. Otras fuerzas, otros elementos no solamente espirituales será preciso que concurran a determinar en el hombre una voluntad socialmente útil y disciplinada, a hacer de modo que quiera realmente lo que debe.

Desde el punto de vista de la producción, el sistema capitalista y estatal impide hoy que se saquen del trabajo todos los frutos de que éste es capaz; y los frutos que obtiene, los obtiene haciendo trabajar por la fuerza con la amenaza del hambre, Abolido este sistema, desaparecerán las trabas que opone a la producción; pero será necesario que para continuarla y multiplicarla entren en juego otros estímulos al trabajo en substitución del de esclavos hoy en vigor.

¿Cuál será el estímulo al trabajo que substituirá, en una sociedad de libres e iguales, al de la prepotencia que ha forzado hasta aquí a trabajar a los esclavos, los siervos de la gleba y, en fin, a los trabajadores asalariados?

(1) Como sucede cusi siempre, este sistema parthu de un principio útil y bueno: el de la economía de los esfuerzos y de la racionalidad de los movimientos. Pero el utilitarismo capitalista, despreciador de todo derecho de la individualidad humana, quisieron aplicarlo (para et fin de una mayor proaucción industrial) en forma de hacer de cada obrero un sirviente pasivo de la máquina.

Para responder a esta pregunta hay que pensar primero en lo qué podrá ser, en un régimen socialista y libertario, el sistema de distribución de los productos y de regulación del consumo.

* .*

Desde los tiempos de la primera Internacional, en su segundo período, después de la muerte de Bakunin (1876), los anarquistas siguieron en este asunto de la distribución de los productos, la vieja fórmula comunista que Louis Blanc hallaba en germen en el proyecto del abate Lieges en 1790 sobre la "Declaración de los derechos del Hombre": La libertad consiste en el pleno y entero ejercicio de las facultades que todo hombre recibe de la naturaleza para conservarse y procurarse el bienestar"; por lo tanto los hombres, desiguales por naturaleza, deben tener todos el derecho de satisfacer sus necesidades, sin que se les pueda pedir más de lo que las facultades de cada uno permiten: "de cada uno según sus facultades, a cada uno según sus necesidades".

Tanto Marx como Bakunin, sin aceptarla explíci tamente, — tanto la concepción autoritaria del uno como la libertaria del otro, tendían, aunque de modo transitorio, a una distribución de los productos según el trabajo, — llegaban ellos también a las conclusiones del comunismo. El primero reconocía (véase "Para la crítica de la democracia socialista") que sólo con la aplicación de aquella fórmula "el angosto horizonte jurídico burgués puede ser superado completamente", el segundo convenía (véase "Tres conferencias sobre la revolución social en Saint Imier") que "siendo colectivo el trabajo para la producción de las riquezas, sería lógico que fuese también colectivo el disfrute".

El comunismo, pues, comprendido como sistema que asegure a cada uno de los que produzcan según sus capacidades la satisfacción lo más completa posible de sus necesidades, es el objeto a que tendera inevitablemente toda sociedad en la cual todos los miembros quieran ser libres en el sentido completo de la palabra. El deseo de libertad es, pues, el propulsor de las aspiraciones comunistas de los anarquistas; y los críticos del comunismo anarquista, autoritarios e individualistas de todas las escuelas, no deben olvidar nunca esta presuposición libertaria, esta condición de la voluntariedad, sin la cual los anarquistas no creen posible ni deseable ninguna actuación comunista.

"En la base del sistema anarquista (decía Mala testa) antes que el comunismo o cualquier otro modo de convivencia social, está el sistema del libre pacto. La regla del comunismo integral — de cada uno según sus fuerzas, — a cada uno según sus necesidades — no vale sino para los que la aceptan, aceptando naturalmente las condiciones que la hacen practicable". (1).

La idea comunista así entendida, es decir, confia da para su actuación a la libre y consentida iniciativa de los coasociados, por este mismo hecho evita teda rigidez formalista y todo exclusivismo dogmá tico; es decir, queda abierta a todas las excepciones y temperamentos, como a todas las ampliaciones su geridas por la experiencia o impuestas por la necesidad. Ella será la guía, la norma de conducta, no un lecho de Procusto que mate toda actividad incontenible en su fría fórmula.

"Según nosotros, (agregaba Malatesta en el pasaje

(1). Revista "Pensiero e Volontá", de Roma, 19 de octubre de 1927. Nota de Malatesta al artículo de S. Stagnetti: "Sobre el problema del trabajo libre".

citado) una de las razones que impulsarán gradualmente a toda la humanidad hacia la organización comunista, será la dificultad de una justa valuación de los productos, que tenga en cuenta el esfuerzo y la utilidad". Nosotros preferimos el sistema comunista de reparto de los productos, no porque sea perfecto (de perfección es inútil hablar en las cosas humanas) y no sólo porque responde más a nuestro ideal de justicia, sino, y sobre todo, porque parece el más probable y de más fácil actuación en una sociedad en que nadie quiera ser oprimido y explotado.

Pero, en último análisis, se hará lo que se pueda. Si se resuelven unas dificultades y surgen otras, habrá que arreglarse en consecuencia, teniendo bien presente que lo que importa, - y en eso consiste el verdadero ideal del socialismo y de la anarquia no es la aplicación de ésta o aquélla árida fórmula de partido, sino el hecho de "que los hombres puedan al fin vivir sin ser explotados y oprimidos por otros hombres, y que nadie sea dueño de sus semejantes o siervo constreñido a vender a otros su trabajo. Por eso también en el régimen anarquista, aun siendo la organización comunista del consumo el tipo predominante, podrán subsistir al mismo tiempo. por reciproco consentimiento o por la imposibilidad de hacerlo de otro modo, tipos diversos de distribu ción y de intercambio: comunistas, mutualistas, individualistas, etc.

Es obvio que si se concibe fácilmente la comunización de los medios de producción y de trabajo, de
los servicios públicos, etc., la distribución generará
un mínimo de propiedad individual inevitable, o de
uso personal de la propiedad equivalente de hecho
a la apropiación. Habrá también, formas de propiedad individual que, aun no siendo indispendables, podrán subsistir libremente, con tal que no representen
ningún daño para la colectividad ni para los individuos. Por ejemplo, los objetos llamados de lujo, artísticos, libros amenos, las cosas de valor sólo convencional o de afecto, etc., constituirán muy probablemente propiedades "privadas" personales, familiares
o de grupos.

Entre un máximo de aplicación comunista y un mínimo de apropiación individual, es previsible toda una variedad de normas de distribución y de organización del consumo, según las necesidades y la abundancia o escasez de los productos. Mientras se podría ser pródigos en todos los géneros más abundantes, los de primera necesidad más escasos deberán ser racionados, y para ciertos productos especiales (como leche, huevos, azúcar, etc.,) se empezará por proveer a los hospitales, a las casas de expositos, y en general a los enfermos, a los ancianos, a los niños, a las mujeres, según las decisiones, las providencias y las normas prácticas tomadas a propósito por las asambleas populares y las diversas organizaciones productoras.

La norma directiva será que por lo menos lo indispensable de alojamiento, de vestidos y de pan, sea asegurado a todos indistintamente. Será en cambio posible variar los criterios de distribución — exceplo para los productos a los cuales tienen derecho de prioridad los enfermos, los niños, etc. — en todo cuanto no sea de absoluta necesidad o de excepcional abundancia; en aquellos géneros, objetos, goces que, aun no pudiendo llamarse de lujo y entrando en el número de las más generales necesidades humanas, son, no obstante, menos necesarios a la vida.

Titubeo al aventurarme en este terreno en el cual muy fácilmente se puede caer en lo utópico y lo fantástico. Admás, para desentrañar el argumento serían necesarias especiales competencias y algo más que tres o cuatro artículos de revista (1). Pero yo me limito aquí a demostrar que hay medios, que existen posibilidades, que, de todos modos, se puede obrar; y me guardo muy bien de dar nor definitivas soluciones apenas esbozadas, y ue excruir que puedan existir otras en la órbita de las idealidades anarquistas.

Nuestro malogrado Spartaco Stagnetti, (2) en un escrito suyo de 1924, indicaba que "ciertas soluciones no pueden ser perfectas y pueden crear también desacuerdos". ¡Cierto! Ninguna solución será jamás perfecta y siempre existirán desacuerdos; pero lo que nosotros debemos proponernos es alcanzar una solución mejor que las actuales y que las propuestas por las escuelas autoritarias (3), y que los desacuerdos sean menores que hoy y puedan resolverse pacíficamente, por mutuas concesiones y transaciones.

Para volver a la "voluntad de trabajar", ciertamente tiene razón Malatesta al contar con el cambio de sentimientos producido por la revolución y con la coacción moral que ejercerá la opinión pública.

Efectivamente, habrá un progreso, pero no tan inmediato y suficiente como sería necesario; y por eso será prudente no confiar exclusivamente e los factores morales. Es bueno, sin olvidarse de éstos, examinar si en una sociedad de libres y de iguales no pueden ejercer una influencia, constituir un estímulo al trabajo también otros elementos menos inaferrables (por más fuertes) y más concretos y tangibles.

Yo soy contrario a una "valuación" general y preordenada, de carácter monetario y comercial, tanto del trabajo como de la producción. Esto estaría fuera del socialismo y de la anarquia, en cuanto favore cerá la formación de riquezas privadas y el resurgi miento de la propiedad individual, de la explotación y de la división de clases. El dinero podrá ser necesario, también en una sociedad que se rija anárquicamente, para el intercambio con el exterior, con los países que vivan aun en régimen burgués, y para el interior (por lo menos en los comienzos de la revolución) con las agrupaciones de productores que no estén organizadas anárquicamente o sean tan atra sadas que no sepan concebir de otro modo el cambio. Pero en el régimen interno socialista y anarquista, el cambio debe ser hecho con medios que no se presten a la acumulación y al monopolio.

Ello no impide que se puedan valorar los productos, sea por la cantidad, por la calidad, por la duraración y la diligencia del trabajo, caso por caso, lo-

(1) Más que nada como punto de partida pa-ra mayeres desarrollos podrían consultarse al respecto los
cupitulos de "La Conquista del Pan", de Kropotkin,
sobre los viveres, el alojamiento y los vestidos; un
viejo opúsculo de James Guillaume, "Ideas sobre la
reorganización social", de 1877, reproducido en la
revista "Il Pensiero", de Roma, el año 1909, y el
capítulo "Ventajas de una posible organización socialista", en la página 198 del libro "Monopolismo o
socialismo", de Saverio Merlino.

(2) Ver al número de "Pensiero e Volontá" ya citado. Spartaco Stagnetti era un inteligente trabajador
anarquista, de Roma, activo eplaborador de periódicos y revistas anarquistas, uno de los más activos organizalores sindicales italianos. Murio usesinado por
un delincuente fascista en 1927, en la isla de Ustica,
donde la tiranía mussoliniana lo hibía confinado.

(3) Verdaderamente, las diversas escuelas autoritarias del socialismo tampoco proponen nada concreto. ¡Se limitan m decir que, una vez en el gobierno, sus hombres arreglarán todo con buenas leyes! calidad por localidad, taller por taller, etc. Las organizaciones de productores podrían también establecer premios al trabajo para los que se distinguiesen de los otros por un mérito cualquiera en el incremento de la producción. Hay trabajos más pesados o repugnantes, que, sin embargo, son necesarios e indispensables para los cuales sería justo que se pensase en una especial remuneración, no en dinero sino en vantajas dirigidas a elevar el tenor de vida y neutralizar moral y fisiológicamente los malsanos efectos de un trabajo debilitador e humillante.

Para ciertos ramos de la producción podrá ser aconsejable adoptar como norma la regla "a cada uno el fruto de su trabajo", cuando el fruto del trabajo pueda ser bien precisado y el hacerlo no produzca desigualdades muy pronunciadas ni permanen tes que dañen a la colectividad. Así hay también la posibilidad de reservar los objetos de lujo, las costas artísticas, los libros (no los más necesarios a la educación, que deben ser comunes y para todos como el pan), como medio de parcial distribución. Se podrán establecer normas para ciertos espectáculos públicos, teatrales y musicales, para determinadas categorías de obreros-productores, que tendrán derecho a ellos por su propia calidad de trabajadores colectivos.

No puedo extenderme al respecto por razones de espacio, pero el asunto sería interesante y merecedor de desarrollo. Al lado de las grandes representaciones, audiciones musicales, espectáculos deportivos, etc., para todo el pueblo (como eran antiguamente en Grecia y en Roma) las organizaciones de oficio podrían organizar, en noble emulación entre sí, especiales fiestas de arte, que contribuirían al progreso general artístico, a la educación de las masas o a estimular al trabajo productivo a los elementos de las asociaciones.

Es obvio decir que aun en la sociedad mejor organizada y más rica, el placer de viajar no podrá ser satisfecho sino dentro de ciertos límites no muy amplios. ¿Por qué no se podrían organizar viajes especiales de instrucción y de placer, por turno, para los trabajadores de determinados talleres, ramos de la industria, servicios públicos, etc., o hacer posible el viajar en períodos apropiados, individualmente o en grupos, a todos los que resulten haber dado a la colectividad un determinado trabajo, juzgado localidad por localidad y según el género, el tiempo empleado, la cantidad producida, o la calidad? Se entiende que se trataría aquí de verdaderas ventajas, independientes del servicio asegurado e todos los que tendrán que viajar por las necesidades de la vida.

Se ve que, si seguimos este camino, podemos penŝar—aun en el caso de que todos tuviesen asegurado
el alimento, el vestido, la habitación y la instrucción — en una cantidad de modos de estimular eso
que se llama "voluntad de trabajar". Es inútil difundirse sobre el modo técnico y administrativo de
organizar esta especie de servicios con miras remunerativas; se trata de detalles de segunda importancia, sobre los cuales no podemos anticipar el porvenir, porque pueden scr infinitas las objeciones y
las dudas cuando solamente estamos ante proyectos
trazados en el papel antes de conocer las posibilidades materiales y de hecho.

Pero ya que ha habido ocasión de referirse a una posible "remuneración del trabajo sobre la base del mérito", bien está entenderse sobre el valor muy relativo, variable y múltiple de esta palabra. El criterio de mérito no puede ser único; es mudable según los lugares, el tiempo y las circunstancias. En

ciertos ramos de la producción, el mérito puede establecerse simplemente por la cantidad y en otros por la calidad del producto; en otros, aun, por el tiempo empleado y la asiduidad; en otros, en fin, por los resultados obtenidos; y en el juicio pueden influir las incomodidades inherentes al trabajo, las dificultades, el clima y cien otras circunstancias ambientes que sólo los que vivan en el lugar y participan en el trabajo pueden apreciar y valorar, suministrando el más justo criterio posible para la eventual remuneración.

He ahí por qué toda remuneración al respecto será dejada en lo posible al libre juicio y a las decisiones de cada una de las categorías organizadas de trabajadores y de consumidores y de las agrupaciones locales. Estas asociaciones proveerán, las locales poniéndose y quedando en relación con las generales interesadas (regionales a nacionales y hasta también internacionales), especialmente con la ayuda de las agrupaciones que se formarán con miras artísticas, literarias, deportivas, de viaje, etc., dirigiende especialmente sus cuidados a hacer más bella y agradable la vida, vale decir a aliviar el espíritu de las angustias inevitables de la existencia y a compensar a la humanidad de las fatigas de la lucha y el progreso.

Con las asambleas, los congresos, los referendums y todos los otros modos de libre y directa consulta popular, las colectividades interesadas deberán decidir por sí mismas las rutas a seguir y los medios que se emplearán, dejando, naturalmente, a los técnicos la ejecución de las cosas de su especial competencia. Los modos de remuneración colectiva, que podrán ser establecidos en las más grandes asambleas (1), no excluirán las de remuneración colectiva que puedan decidirse en el ámbito más restringido de las asociaciones de trabajo locales, de taller, de barrio o comunales.

Cuando no se pudiese dar a todos los ciudadanos los mismos e iguales beneficios, o hubiese por causas naturales y de ambiente o por dificultades prácticae, diferencias entre las cosas a distribuir (por ejemplo, no se podrían dar a todos habitaciones igualmente cómodas y felizmente situadas), excepto todo lo que será primero debido a los enfermos o personas necesitadas de un tratamiento especial, las asociaciones interesudas podrían establecer una especie de graduación de mérito, de modo que el derecho de escoger corresponda primero a los más meritorios y luego a los otros.

Repito: las hipótesis, previsiones y proposiciones posibles, como también las objeciones y los modos de contestarlas, pueden ser infinitas; y no es del caso insistir y correr tras ellas a riesgo de caer en lo fantástico,

Para todas las soluciones presumibles, todas las objeciones puèden, por lo demás, ser reducidas a una: "¿Y si los hombres no lo quisieran?"

Si no quisieran ser libres, si no prefirieran el acuerdo mutuo, con reciprocas concesiones, al mutuo

devorarse, oprimirse, explotarse y destruirse; si prefiriesen el régimen de la coacción en provecho de
pocos y con todas las consecuencias de miseria y
de delitos, al régimen de la disciplina voluntaria en
beneficio de todos y con los solos inconvenientes derivados de la imperfectibilidad de las cosas humanas; si no prefiriesen aceptar libremente los deberes
y los sacrificios inevitables de la solidaridad, pues
bien, ¡que sigan sujetos a los mayores deberes impuestos por la autoridad y a los muchos sacrificios
de la servidumbre! Para decirlo con un verso de Dan
te, en este caso: ¡"Ningún reparo puede hacer la
gente!"

Pero los anarquistas no son de esta opinión: confían en la fuerza íntima que a lo largo de los siglos
ha impulsado a la humanidad por las rutas del progreso: la necesidad individual y social de mejorar
material y moralmente. El número de los hombres
deseosos de libertad y de justicia, que quieren unirso en una sociedad fraternal de iguales y libres,
prontos a todos los sacrificios para alcanzarla, mantenerse en ella y progresar, aumenta siempre. Y no
está lejano el día en que este número será bastante
grande y fuerte para traducir por sí mismo su sueño
en realidad.

LOS ACTOS DE LA MUERTE por Albert Libertad

Los hombres emplean las tres cuartas partes de su existencia en precipitar la hora de su muerte. La muerte es la mayor preocupación de los vivos; bien que se preparen para darla, construyendo instrumentos, de muerte, bien manejando esos instrumentos, o consagrándose a su culto y cultivando la extensión de sus dominios.

Los hombres hacen obra de muerte. Es una obsesión trágica. Pero en ciertos momentos la obsesión es horripilante. La población entera parece moverse y vivir para la elección de sacerdotes que se consagren al culto de la muerte. La hora de la marcha de los quintos de un reemplazo, parece, más que toda otra, la hora del sacrificio a la enfermedad, a la inacción, a la muerte.

En efecto, todos los años, jóvenes en la mejor edad de la vida, son arrancados al trabajo útil, para empezar un trabajo de muerte. Ganaban su alimentación, sus vestidos, su alojamiento, trabajando para el bien: consagraban sus fuerzas, su espíritu y sus aptitudes a recuperar cerca de los demás hombres, lo que necesita el sostenimiento de su organismo. Luego, repentinamente, sin que ninguna razón de enfermedad, sin que ninguna necesidad de reposo aparente se manifieste, detiénense en su actividad, sepáranse de la vida; empiezan a practicar la pereza, entran en la muerte. Se servían antes a sí mismos y servían a la sociedad. Ahora van a servir a la patria,

Servian una cosa tangible, a un individuo, a una asociación de individuos de la que formaban parte; yan a servir ahora, a una entidad, a una asociación

de entidades, de que los hombres no debieran for mar parte.

Lo que hay de más extraño, es que inmediatamen te cesan de producir lo necesario para sus propios organismos y en consecuencia, los demás individuos deben consagrar una parte de su actividad para los que, sin razón, cesan en toda producción útil.

Los hombres consagran apenas una infima parte de su esfuerzo a asegurar la existencia de los niños, de quienes reciprocamente esperan auxilio ulterior; en cuidar los elementos

rior; en cuidar los enfermos, situación penosa en la que todos podemos caer; en aliviar la viejez, estado al que cabe lleguemos; cuando los hombres, repetimos, no aseguran la vida de los niños, de los enfermos de los viejos, sin embargo deciden consagrarse a fortalecer la vitalidad de instituciones formadas precisamente con los hombres más sanos y fuertes de la sociedad. Y lo toman con tanto empeño, que les amasan el pan, les tejen los vestidos y les edifican las casas.

'¡Qué aberración!

Pero donde se complica, donde se hace más extraordinaria esa aberración de los primeros y segundos individuos, es cuando los unos, no contentos con no hacer actos de vida, se ejercitan, al contrario, en hacer actos de muerte, y cuando los otros, no satisfechos en trabajar para la existencia de los perezosos y bergantes, se aplican con ahinco a la elaboración de juguetes mortíferos, tales como cañones, fusiles y sables.

De modo que los hombres se avienen a consentir la inactividad de "muchos" otros hombres y a alimentarlos en su inactividad. Más aun; cuando la sociedad los obliga a un trabajo manual extenuante, fabrican, para divertir a esos picaros, máquinas complicadas que les exigen un esfuerzo considerable.

Cuando los hombres se sirven aún de barcos de pesca tan rudimentarios, que diariamente perecen en el mar, algunos de ellos construyen enormes acorazados, cuyo uso es la guerra y cuyo objeto matar; cuando en toda la extensión de las costas perecendiariamente hombres ahogados sin que exista un aparato para intentar su salvación, constrúyense submarinos maravillosos destinados a destruir en un instante el trabajo de cientos de hombres, durante todo un año,

Cuando los hombres dirigen penosamente su arado en la dura tierra, fabrican cañones y fusiles para matar a los labradores; cuando los hombres habitan cabañas o habitaciones insalubres, erigen fortalezas y reductos que no sirven de resguardo a nadie. Cuando, cuando... La enumeración de las actividades para la muerte haríase interminable y enojosa.

El trabajo para matar, ocupa más que el trabajo para vivir. El ejército, es un cáncer doloroso que vive a expensas del organismo humano y los vendajes que necesita suponen más energia que la que exige la conservación de todo el resto del cuerpo. Los pueblos, las sociedades, los hombres, en resumen, alimentan ese cáncer, o sea, el ejército favorece su supuración es decir: la guerra. I Y aun veneran esas manifestaciones trágicas y dolorosas; los héroes y las víctimas de la patria! IY aun frecuentan esos bajos lugares, fermentos de muerte, donde se contagian! ¡Los cuarteles!

Y lo peor es que enseñan a los niños a amar fervientemente ese mal y esas purulencias: el patriotismo y el militarismo. Así se ven generaciones enteras entregadas a un odio recíproco, porque no han laborado en el fomentto del mismo mal, perteneciendo a una misma patria, a una misma "Mariana", por que no vendan sus úlceras con la misma venda, con banderas del mismo color.

Y aun se encuentran turbas por las calles de la ciudades, en todos los países, atiborradas de alcohol y de patriotismo, gritando: "¡Viva el ejército! ¡Viva la sífilis!! ¡Vivan los soldados! ¡Vivan las ladillas! ¡Viva la roña! ¡Vi—va el honor!"

¿Y no sería mejor que estas gentes aprendiesen a higienizar su cuerpo y su cerebro, o más claro: a practicar actos útiles?

Necesidad del sentimiento

Mientras no se cultive el sentimiento y la cordialidad, de hombre a hombre, entre los anarquistas, poco o nada habremos adelantado en el terreno de la práctica, de la realización del ideal.

Mientras no aprendamos a cultivar el sentimiento y la solidaridad por encima de todo, la cordialidad humana, mientras el ideal no sea una luz que irradie por todos lados afecto, amor, bondad, todo habrá sido en vano, todo hojarasca, letra muerta que desaparecerá.

Unicamente el bien queda. Lo poquito de humano que dejemos, es sólo grande y heroico.

Si no aprendemos a cultivar el bien, seguiremos dando a los ojos de todos la sensación de que nuestro modo de pensar es más bien una cuestión orgánica, un desequilibrio, una especie de manía que un convencimiento profundo de la necesidad de trasformar el desenvolvimiento de la vida.

Es duro convencerse, pero eso es la realidad: nos falta cordialidad humana, mucha cordialidad humana. Nosotros que soñamos con el advenimiento de un hombre bueno, vamos caminando rara vez hacia esa aspiración.

Casi siempre nos extraviamos en la selva enmarañada de las pasiones, de los problemas del momento, y olvidamos nuestro punto de partida: la necesidad de trabajar al hombre para modelarlo más parejo, más sano de intenciones.

Nos falta serenidad para sobreponernos al ambiente ¿y por qué no decirlo?, a veces el amor propio, la vánidad, hurga en nosotros con sus dedos roñosos!

Tenemos que marchar hacia el hombre bueno, Hasta obtener de él un semejante digno de compadecerse y de solidarizarse con otro semejante. Tenemos que dejar el áspero sendero de las pasiones momentáneas para llevar la vista más lejos.

Y eso se consigue educando la voluntad y trabajándonos en el iben al semejante.

El pensamiento, es un juego de espejismos que nos deslumbra y extraña a cada instante. Somos como esos viajeros sedientos de la travesía pampeana, a quienes los resplandores de los seles fuertes, hacen vislumbrar un lago a la distancia y galopan, galopan desesperados hasta rodar exhaustos. Si seguimos galopando en estas ansias sin control, en esta sed de justicia que nos quema las entrañas, fascinados por los resplandores, caeremos sedientos en el medio del desierto inútilmente.

Cabe ir más pausado. Con más serenidad, a un rumbo más fijo. Hoy, no somos más que un diente del ajustado mecanismo burgués, y, con pena lo decimos, llevamos en nuestras propias entrañas su

⁽¹⁾ También el carácter de estas asambleas sería precisado, para evitar las deficiencias del parlamentarismo y al mismo tiempo el caos de las reuniones sin normas preestablecidas. He ahí otro asunto que nodría tratarse por separado. Limitémonos aquí a señalar la norma de conducta de que en las reuniones de carácter práctico, sin excluir que se escucho el parecer de todos, las decisiones deben ser tomadas por los directamente interesados, los que por las mismas decisiones puedan ser beneficiados o perjudicados.

EL INDIVIDUALISMO NEO- Ma ESTOICO DE HAN RYNER de

María Lacerda de Moura

(Continuación)

"Y en medio de las fealdades y de las tristezas del presente, fundaremos ya un bien maravilloso, oasis de bondad y amor".

Cada período de esos relicarios de ética grandeza que son sus libros, es la conclusión de toda la obra inmortal del dilecto Maestro.

Que cada cual se realice. Pero para que una criatura humana consiga realizarse, es necesario que se conozca.

"No consigo conocerme sino con la condición de realizarme; no llegaré a realizarme sino con la condición de conocerme".

La primera lucha interior es para deslindar, de nuestro caos, nuestro "yo", en confusión con lo que nos inocularon, maniatándonos y entorpeciendo nues tro desenvolvimiento normal. Tenemos alguna cosa de nuestro y tenemos lo que hicieron de nosotros, por la educación deficiente, sofocante, por la mórbida hereditariedad, por los prejuicios milenarios.

La herencia ancestral, los preconceptos que subterráneamente socaban la comunidad social, el prejuicio secular, "deseducación", robando la virilidad del individuo en provecho de los dogmas estatal y religioso: todas las consecuencias y contradicciones interiores contribuyen a que no nos encontremos nos otros mismos.

Y, así, como la simiente echada en la tierra se hunde con la finalidad de buscar en el silencio y la soledad de sí propia la savia que debe nutrirla y desenvolverla hasta su realización, para dar sombra y servirnos de alimento, así tendriamos que hacer si no fuese la imbécil perversidad, el autoritarismo dominador en torno de la humana criatura a través de todas las llamadas civilizaciones, porque, ciertamente, el individuo, en el silencio y en la soledad de sí mismo encendería la maravillosa lámpara de Aladino, para buscar las verdades interiores que pal-

ponzoña y sus miserias.

Nada más que una serie de términos, un puñado de palabras, nos diferencia exteriormente. Interiormente tal vez todo, tal vez una fuerza oculta, des conocida, gigantesca, nos hace aparecer ante el mundo, como los Quijotes del siglo.

Pero exteriormente no hemos conseguido todavía salirnos de su órbita, ni siquiera en el sentido moral.

¡Y tal vez estriba el defecto en el hecho de no haber aprendido todavía a cultivar la solidaridad, el significado de la palabra libertad y el respeto mutuo entre los hombres.

Hasta ahora, estos no han sido nada más que vocablos, simples palabras dentro del desenvolvimiento de la sociedad presente, pero en lo futuro, en nosotros, esas palabras deben de trasformarse en hechos prácticos.

Sino, haremos el papel de aquel pobre opa que salió una noche a recorrer el mundo, pero habiéndose extraviado en seguida, no hizo nada más que estar toda la noche dando vueltas alrededor de su propio rancho...

Pedro GODOY

pitan en todos los altos sueños de Amor y Belleza.

Para que cada uno de nosotros se realice, es necesario, antes de nada, el desprecio a los bienes materiales, a las necesidades inútiles, a lo supérfluo, a todo cuanto está en divorcio con la vida simple, con la vuelta a la naturaleza y con la obediencia a las leyes cósmicas.

La vida cada día que trascurre se hace más complicada con el avance de la civilización, y en esa bárbara concurrencia de objetos inútiles, la mayoría de las veces nocivos, innecesarios para la felicidad humana; en ese cúmulo de derroche material para cuya conquista nos olvidamos de nosotros mismos sacrificándonos: esfuerzo inaudito en dirección al exterior; en ese montón de necesidades supérfluas, de lujo, enervamiento, desgaste de virilidad, de iniciativa creadora, cada uno de nosotros se ahoga en su individualidad, es sofocado dentro de sí mismo y reducido a una máquina imperfecta, voluntariamente, que depende de una serie infinita de pequeños engranajes para poder funcionar, siempre deficientemente.

Es la muerte moral, es la degeneración de todas nuestras facultades por falta de ejercicio, es el aniquilamiento de la energía individual: todo para el reparto de los leones en esta gleba industrial y económica.

Tiene razón Han Ryner al tejer un himno en homenaje a la actividad intelectual y al poder de invención del hombre prehistórico, muy superior a nosotros, los "civilizados".

Y a medida que el progreso material aumenta más nos distanciamos de la superioridad de invención del hombre cavernario o de las habitaciones lacustres cuyo instinto de nutrición y defensa ha producido la más admirable de las actividades creadoras individuales, de los que se bastan a sí mismos en la lucha por la subsistencia.

¡Qué prodigio de paciencia, de perseverancia, en la domesticidad de los animales y en el cultivo de los primeros vegetales nutritivos!

Hoy, toda la actividad de la industria capitalistat tiende a sustituir el hombre por la máquina, inutilizando el cerebro humano, aniquilando la voluntad creadora, ahogando la razón y el pensamiento en los engranajes hechos por las máquinas de calcular, en la iniciativa realizada, en el trabajo mecánico que hace mover una avalancha interminablemente, por la misma criatura, en esos movimientos siempre idénticos, monótonos, entorpecedores y somnolientos en que cada obrero trabaja los días enteros durante toda su existencia.

¡Qué mentalidad es la del vigilante con "casse-tete", apuntando para la derecha o para la izquierda,
a veces montado sobre un animal, que a veces, no le
deja el derecho a aplicar su actividad de defensa
en una plaza abarrotada de gentío, donde podría ser
aplastado, ejecutando este odioso oficio a través de
años y años, aniquilada su existencia por la imbecilidad de toda gente, en esa organiazción social de maniquies, de fantoches e idiotas domesticados de ese
gran guignol que es la sociedad capitalista!...

IQué mentalidad la del hombre del elevador o la

del operario encargado interminablemente de colocar un determinado tornillo en las piezas de un automó vil en las portentosas fábricas de un Ford!

Todo el gran interés de nuestra civilización indus trial es aniquilar el individuo en provecho de la mercadería, del capitalismo.

Ningún escuerzo es permitido a no ser el esfuerzo muscular mecánico, siempre el mismo, delinean do, anticipadamente, ritmado por la calidad o por la cantidad del producto.

La mercadería tiene más valor que el obrero. Sofocado el productor, se adormece el consumidor.
Los adornos se inventan, multiplicanse los objetos
supérfluos. Las escuelas, las universidades, el Estado encárgase de lo que todavía falta para edificar
la muralla que ha de emparedar al individuo dentro
de sí mismo y dentro del cuadro general de la mediocracia legalmente constituída.

Esa complicación de cosas llenando los almacenes industriales, los mostradores y armarios, ese confort material multiplicado al infinito de lo supérfluo hace olvidar el verdadero "yo", la vida criptopsíquica, retornándonos a todas las necesidades perfectamente innecesarias: y de esa concurrencia brutal, de ese asalto a las posiciones ocupadas, de esa correría de locos, nacen las guerras.

Vivimos artificialmente una vida que no corresponde, en modo alguno, a nuestras verdaderas aspiraciones, a nuestras verdaderas necesidades que son de orden puramente subjetivas.

Toda las ciencias descubiertas en el mundo subjetivo van constituyendo una traba más y contribuyen directamente a que permanezcamos ciegos, adormecidos, emparedados dentro de nosotros mismos, desconociendo o despreciando las fantásticas posibilidades de nuestras energías iatentes, de nuestros sentidos psíquicos. Mas, si prestamos alguna atención a los mostradores de las casas comerciales, quedaremos espantados al verificar que casi todos y, a veces todos los objetos expuestos son innecesarios, completamente inútitles, absolutamente dispensables, muchos nocivos, y gran parte reservados para fines inconfesables, para los vicios o para la inmora lidad de la moral social.

¿Y la loca energía de las grandes casas de modas, donde centenares de criaturas destrozan su vida alrededor de delicados tejidos de seda, flores y adornos y una infinidad de quincallerías absorbentes?

Es ésta una cosa que lastima enormemente: alguien ya observó que, así como se inventan y perfeccionan máquinas para complicar la vida y muy particularmente para matar al semejante, bajo el rótulo cristiano y el "no matarás", con el "ama al prójimo como a tí mismo"; mientras inventan los gases asfixiantes y los "rayos de muerte", tanques, submarinos y aeroplanos, sembrando la muerte, la desolación, el incendio, la destrucción en todos los aspectos, los instrumentos agrícolas están todavía en el período rudimentario, son insuficientes y no fueron puestos al alcance del único trabajo que hace multiplicar la vida: esa ocupación sagrada que sustenta todo el edificio social.

Y el lujo, la ociosidad, todo contribuye a las necesidades del vicio, del sensualismo, de los placeres parasitarios, de los goces materiales, de lo extremadamente perverso y subterráneo, en conclusión: degeneración mental y orgánica, en el marasmo, en el estancamiento, en el desfibramiento del cuerpo y de las energías adormecidas en las recónditas profundidades del "yo".

Todo es artificial, ficticio, enervante, desde la loca concurrencia en el afán de asaltar un lugar en el "coche social", hasta los perfumes artificiales y afrodisfacos, los cigarros de opio o los aperitivos del estómago y de los sentidos, todo, absolutamente todo, tiende a degenerar la especio humana a desfibrarla completamente en el organismo y en la individualidad.

Dentro de ese sórdido engranaje, asesino, feroz, burgués y capitalista, denominado civilización, no hay para el individualista sino un medio defensivo: la fuga, la deserción de la sociedad, el colocarse integro contra la corriente, desafiándola con su altivez, con su nobleza de carácter, con el desprecio a los preconceptos y a las exigencias del medio social.

Ser libre, absolutamente libre de las leyes y de todas las supersticiones políticas, religiosas y sociales, para sentir la íntima alegría de vivir, para vibrar en armonía con las leyes naturales un sueño más elevado.

Y son los individualistas, los desertores como Sócrates, Cristo, Epicteto, Epicuro y Han Ryner los que todavía dejan generosamente una estela luminosa de su genio fecundo, para iluminar las inquietuues de las almas atormentadas.

Y ese evangelista de un Evangelio mayor, ese apóstol del Sueño, del Amor y de la Belleza, símbolo de la Bondad, ese gran enamorado cura fascinante ubiduría que arrebata, emociona y santifica, cuyo apostolado subjetivo es como una bendición de luz sobre nuestras dudas y amarguras, ese maravilloso estilista apenas es conocido por la minoría intelectual de los no domesticados, porque una campaña de Elencio ha sido hecha en torno a la primera obra genial de ese enamorado, cuya voz irradia, desde lo alto de sus sueños de precursor de una ética más clevada, hasta la planicie de nuestra pequeñez, esa voz primaveral a veces, otras flúidica como la propia sabiduria, profunda y ondulante como la vida que se agita en su mundo interior de sabio, de filósofo y de artista, forjador de un Sueño mayor, es la sintesis de los sueños soñados por todos los pre-

Ningún otro podrá perdonar a Han Ryner el haber culminado esas alturas incomparables donde apenas llegan los elegidos del Amor y de la Belleza.

Dentro de la concepción luminosa del individualismo neo-estoico, Han Ryner resuelve el problema de su vida, el problema de la vida humana. Y su conclusión es ryneriana y científica: "Del mismo modo que, para llegar a resolver el problema de la navegación aérea era preciso consentir en la paradoja de lo más pesado que el aire, así también, para resolver al problema de la fraternidad, es preciso consentir la paradoja del desprendimiento de sus hermanos, de la separación, es preciso consetir la paradoja del individualismo (Los Antesanos del Porvenir).

Y está con Cristo (¿mito solar?) en aquél admirable pasaje de los Evangélicos Cristianos: "Ahí tienes tu madre y tus hermanos que quieren hablarte". Pero Cristo respondió:

—¿Quién es mi madre y quienes son mis herma nos? — Y haciendo un ademán con las manos para el lado donde estaban sus discipulos, dijo: "He aqui a mi madre y he aqui a mis hermanos".

"Aquel que ama la justicia y la misericordia como yo amo la justicia y la misericordia, este es mi hermano; y tiene el mismo padre que yo; y nuestro padre vive en nuestro corazón y vive en los cielos" (El quinto Evangelio.)

En la condenación de la familia y de la sociedad que procuran obstaculizar los movimientos, la acción, los pensamientos y los sueños individuales, para rebajar el genio y el individuo al nivel de la mentalidad colectiva.

Es la negación de los lazos de la sangre y de la carne para exaltar la afinidad espiritual, la "afinidad electiva" del sentimiento y de la idea.

Nada crece, ninguno se realiza sino en el silencio de si mismo.

La familia y la sociedad viven en guerra abierta de competencia y absolutismo contra la libertad individual: es la traba que impide libertar nuestras energias interiores.

Han Ryner está con Epicteto, con Sócrates, con todos los verdaderos individualistas cuya deserción de la sociedad ha constituído el más bello legado de toda civilización mental.

Es la mentalidad de los intelectuales al servicio del Estado, de las Academias, de los dogmas y de las conveniencias de ocasión, intelectuales vendidos al capital, a la gloria efimera de los ministros y de los salones - no le pueden perdonar la persistente energia de demoledor que sabe empuñar contra los prejuicios, la más peligrosa de las armas — la no-violencia-individualista-estoica; no le perdonan la ironia elegantemente seductora, formidable de su estilo, la propiedad de las expresiones, la conclusión en espiral con que envuelve los sofismas sostenedores de mentiras seculares, y, principalmente, no le perdonan la altivez, el denuedo con que arremete, docentemente, contra la déslealtad, el farisaísmo mo raliteista y la mediocridad de los nulos y de los vulgares cobardes o académicos.

Nunca le perdonarán el crimen de ser genial y profundamente humano, las sociedades de los proxenetas del pensamiento, de los caftens de la literatura, de los piratas patrioteros o de las "bas-bleu" de los salones "chics", idiotamente mundanos donde se cultiva la imbecilidad, el servilismo y la cretinidad.

Mas, copiemos una página de Han Ryner y completemos la maravillosa parábola anterior con otra parábola cínica:

"LA GEOMETRIA EN CONTIENDA"

"¡Oh, Psicodoro! — exclamó Exciclo — jamás dirás otra cosa que sueños...

-Si yo pudiese sonar bastante, tal vez dijese todo lo que tú llamas realidad.

¡Ah, contador de sueños! — preguntóle Teomano con amargura - ¿qué injusticia te permite, pues censurar mis pensamientos denominándolos sueños?

-Nunca censuro un pensamiento por tener alas o por ser un sueño. Yo lo répruebo muchas veces, por el hecho de ignorar que, en torno de él, otros conjunto de sueños. sueños viven y vuelan. Cuando acreditas que la linea que diseña un objeto sobre un muro o la sombra que lo proyecta sobre el suelo es el propio objeto, entonces yo te censuro. Censurote, principalmente, si afirmas que las dimisiones y la dirección de la som-- bra no varian en modo alguno. -

Pero, oye antes una parábola:

En Sni mocedad, un dia de verano, pasé por Megara. Dióme placer saludar al viejo Euclides, discipulo de Sócrates y el mayor de los geómetras.

Euclides había salido pero sus esclavos asegurán

ronme que en breve regresaría.

Lo esperé en el patio donde al aire era más agra-"dable que en los aposentos Más o menos, en medio del patio, había un gran bloque de mármol que esperaba un busto de Sócrates, prometido a Euclides por un escultor amigo suyo.

Miraba yo, fijamente, ese mármol y en breve mis oidos sintieron ruidos de la piedra tal como cuentan

que salían de la estatua de Memmón. Estos ruídos, al principio imperceptibles, fueron tomando poco a poco en mí espíritu un sentido perturbador.

Y percibi que la Linea, la Superficie y el Bloque altercaban, porque la Superficie terminaba de cantar, insolentemente, sus propios loorest Pero el Bloque, con una pesada expresión impúsole silencio.

- ¡Cállate, pobreza - deciale -, espesura, Nada! La Superficie, replicôle:

-Si yo desapareciese y si ninguna de mis hermanas consintiese en sustituirme, tú serías, pobre Bloque, la neblina que el Sol dispersa. Es a tí a quien te conviene el silencio, tú que no eres sino el concurso y el total de mis hermanas.

A su vez, la Linea, irritóse:

-Fatigada estoy de tus jactancias, joh, Superficie! Si yo desapareciese y si ninguna de mis hermanas consintiese en sustituirme, yo te pregunto - orgullosa - ¿qué sería de tí?

-;Oh, Pobreza insolente - exclamó la Superficie - tacaña, Nada.

Y el Bloque afirmó, con aplastante acento de cer-

-Vosotros sois los sueños de Euclides. Por eso yo soy, yo existo.

Y ambas replicaron:

-No eres sino un conjunto de aquello que en tu ingratitud osas llamar sueños.

Cuando Euclides llegó, yo permanecía escuchando. Ahora, Sócrates, todavía no esculpido y que permanecería en aquel pedestal, me hablaba. Su voz era tierna y fluctuante, venida del país de aquello que existirá, tal vez. Sin embargo yo la ofa.

-;Oh, hijo mío! - decía - las líneas y super ficies son pensamientos y sueños del hombre. Pero el bloque es un "rendez-vous" de lineas y de superficies. La luz del Sol ilumina algunas de ellas. La luz de tu espíritu puede iluminar sucesivamente millares de otras.

Pero si se obstinase en eso durante la eternidad, jamás se agotaría el número de las líneas que se agitan en la más insignificante superficie, las superficies que, en el más pequeño volumen, se cruzan y se penetran.

La dulce voz amiga, en una leve ironia graciosa, continuaba;

-Acréditame, Psicodoro, que lo que llamas realidad es, como el bloque por ti observado, una encrucijada de pensamientos y de sueños. No afirmes jamás uno de los pensamientos o uno de los sueños como la realidad total.

No afirmes, tampoco, la realidad como distinta del

Exciclo, preguntó:

-¿Repetiste a Euclides los diversos discursos que terminabas de oir?

-Buen cuidado tuve en no hacerlo - respondió Psicodoro, sonriendo.

Euclides, geómetra admirable, era un pobre filósofo; gustábale discutir, demostrar, refutar en vez de regocijarse en pensamientos.

Algunas veces asemejábase al asno obstinado que no quiere, en modo alguno, pasar el otro lado de la montaña; y la certeza ensordecedora de sus gritos niega lo que rehusa ir a ver".

¡Qué portentosa riqueza de conceptos en esta parábola admirable y qué inmensidad de horizontes!

No afirmar lo que en nosotros es intangible en nuestro estado de evolución, lo que impresiona levemente la sensibilidad fugitiva de nuestra maravillosa intuición, lo que lo supra-consciente vé a

través de relámpagos indecisos y rápidos, pero, tampoco, no negar los sueños imponderables que sobrepasan a través de lo super-consciente de los visionarios de alturas inconmensurables e infinitas.

Ni afirmar ni negar: escalar sueños sobre sueños para la ciclópea subida a las cimas ondulantes, vagas, indecisas de las cósmicas verdades, a través de nuestros latentes sentidos, de las facultades adormecidas en las criptas interiores.

Esa es la verdadera filosofía.

Ese es el camino de los que buscan las fluctuantes y eternas verdades, de los que buscan la llave de los "secretos abiertos" "vistos por casi nadie" ...

Mas, pasemos al aspecto máximo del problema humano desde el punto de vista de la organización social.

La civilización del dólar está condenada a morir de apoplejía.

¡Qué insignificante número de voces surgen contra la prepotencia de las mediocracias organizadas en Estados y ejércitos permanentes!

(Continuará)

La Ciudad del Buen Acuerdo

¿Cómo unir a los que no desean más que amarse? ¿Cómo juntar las simpatías en una felicidad de afecto recíproco? Al primer golpe de vista el problema parece de solución imposible en este mundo convencional donde reinan las fórmulas, donde todo se mide por una educación hipócrita, donde todo miente, la mirada, el gesto, la sonrisa. Pero no; la obra puede cumplirse gracias a esos hombres generosos que reunen en una misma empresa los amigos conocidos y desconocidos. Si la amistad engendra la comunidad de esfuerzos exteriores del mismo modo, por una reacción natural, por un trabaje común emprendido apasionadamente se revela o se suscita la amistad entre los compañeros de trabajo. Las tentativas de los buenos que excitan todas las iniciativas, todas las energías para trabajar en el bien público son, pues, doblemente buenas, tanto por el objeto directo realizado, cuanto por la agrupación de amigos que de otro modo no se hubieran unido jamás: una conciencia colectiva les anima; viven de la misma vida y la asocian libremente al empleo de sus individualidades diversas.

Muchas de esas obras colectivas, triunfo de los hombres de corazón sobre el egoismo primitivo, nacen bajo múltiples formas; la solidaridad humana hace surgir por todas partes asociaciones en que las iniciativas tienen libre desenvolvimiento, donde los amigos desconocidos tienen la alegría de encontrarse mutuamente. ¿Cuál de esas empresas tendrá más importancia histórica en la evolución de la humanidad? Todas son buenas, toda vez que su impulso moral es perfecto; pero la mejor es indudablemente la que abraza mayor número de intereses humanos y les da más amplia satisfacción: tal es la "Ciudad del buen acuerdo".

Mi mente la contempla, teniendo sobre la "Ciudad de Dios", la "Ciudad del Sol" y tantas otras ciudades ya sonadas, la ventaja capital de no ser una pura concepción imaginativa, sino que se desarrolla de una manera orgánica, que vive una vida concreta, utilizando para renovarlas ,las células envejecidas de organismos anterieres ya disueltos. La veo con sus torres y sus miradores extendiendo graciosamente sus jardines y sus miradas sobre la gran colina donde vivieron los héroes míticos ;abajo, en la llanura, se agrupan las moradas de las generaciones que pasan, preparando con su trabajo y adquiriendo con sus sufrimientos la promesa infalible de un porvenir mejor. En lontananza se prolongan las alturas herbosas pobladas de floridos arbustos; rocas lejanas del límite del horizonte que surgen del mar, y parece oirse el rumor de las olas que en el infinito de los tiempos pasados trajeron a nuestros ascendientes.

La "Ciudad del buen acuerdo" domina ese inmenso espacio todo ese mundo de poesía y de historia, y con la vista mental la veo resumiendo el sentido íntimo de ese pasado que comprende nuestro presente, abriéndose como una flor maravillosa cuya sabia destilase en el suelo infinitas generaciones humanas. El poeta nos habla de la "Ciudad maldita" ante cuyo umbral el desgraciado pierde toda esperanza. Aquí entramos con alegría, poseídos de noble alegría, con la firme resolución de cumplir grandes cosas. Aquí todos tendrán pan, el pan que fuera suele conquistarse con inmensas dificultades y vergonzosas humillaciones; todos tendrán la salud que dan el aire puro y el agua abundante traída a raudales de cristalinas fuentes, y disfrutarán de un alimento sencillo regulado por el trabajo. Es esa ciudad todo un microcosmo, resumen y al mismo tiempo esperanza del género humano, que funcionará sin esfuerzo, ocupándose en las múltiples tareas necesarias a la vida, tareas siempre agradables, puesto que seran acogidas librémente. Los artistas decorarán con frescos y esculturas los palacios familiares; la instrucción será mutua en los laboratorios, museos y jardines; las doncellas nos cantarán coros de sublimes melodías; los niños rodearán en sus alegres corros a los dichosos ancianos; ninguna ley, ninguna coerción turbará en lo más mínimo el gran acuerdo, la augusta conformidad.

¡Salud y alegría a todos los amigos desconocidos que he encontrado en la ciudad nueva! ¡Salud y alegría a todos los que han de sucederse en ella por los siglos venideros!

Eliseo RECLUS

¿Qué es moral para la burguesía y qué para nosotros?

Para la burguesia, el hombre moral es el que se adapta incondicionalmente a sus designios, el que coopera con ella, el que deja su músculo y su cerebro atado al engranaje social presente, el que no se opone al ambiente de robos, de usurpaciones, de fanatismos y delitos que nos rodean; el que sin protestar, mansamente, se deja llevar por la corriente, en la fácil conquista de un puesto, de un humilde rincón en el comedero social, como un cerdo; sólo ese es digno y moral para la sociedad dentro de la cual nos desenvolvemos y dentro de las cual los anarquistas, queramos que no, no somos nada más que un diente de su ajustada maquinaria todavía...

Para ellos, para los hartos, es hombre digno el que acepta la patria, sus instituciones creadas, su ejército con hermanos que matan con fronteras, escudos, banderas y todas las ferocidades prehistóricas.

Moral burguesa, santa moral burguesa es persignarse todas las mañanas, creer en Dios y toda su corte celestial de cantas y santos de todo orden, descubrirse ante el cura, ante la iglesia, ante todas las ignominias del obscurantismo clerical.

Moral de "ellos" es aceptar el sistema del salario como medio de relaciones entre los hombres; respetar el capitalismo, el Estado, la moneda, origen de todas las maldades, de todos los eggísmos, de todas las infamias; aceptar el intercambio de unos papeles roñosos a cuenta de nuestro trabajo; de nuestro sacrificio, los cualees serán quitados al finalizar la semana por el carnicero, panadero, determinados individuos, semi parásitos en la generalidad de las veces, clase media que hacen de mediadores en el tablado del comercio, dejándonos a medio comer, a me dio vestir, embotada la imaginación por una serie de complicados problemas económicos absurdos, inútiles, que esa misma moral burguesa ha ido creando para atarnos más y más al carro da su explotación canallesca.

Moralidad justa, para ellos, es aceptar el problema sexual en la forma anti humana, silvestre, casi salvaje en que viene desarrollándose desde timpos remotos, siempre a base de las pasiones, de la propiedad, del celo, sin dejar absolutamente ninguna libertad a los encadenados creando una serie de pasiones mezquinas alrededor del acto simple de la procreación en yez de soltar las coyundas de los sexos.

En cambio, para nosotros, no es moral eso. Al contrario, todo es anti-moral, es simplemente corrupción del medio de desenvolvimiento, subversión de los valores, trastrocación, en beneficio de unos pocos, de las finalidades humanas, de los anhelos de superación; anhelamos al hombre libre de todas las trabas

materiales y morales; la supresión de la explotación del hombre por el hombre; en un desenvolvimiento colectivo de los sacrificios y de los beneficios; en la terminació de todas las castas y mediadores en el desenvolvimiento humano, en todas las más diversas actividades, desde el pensamiento hasta el amor; en un equilibrio de obligaciones y derechos entre los sexos.

Soñamos con la sociedad libre de los productores, donde nadie cargue sobre sus hombros a nadie, donde todos los hombres nos desenvolvamos y nos entendamos dentro de la mayor armonía y con la más perfecta cordialidad, y donde la ilustración sea la palanca esencial de nuestras actividades, y donde unos hombres no pisoteen a otros hombres, ni un sexo cargue sobre el otro sexo.



JEAN GRAVE. — "Le mouvement libertaire sous la 3e. republique" (Souvenirs d'un révolté). — Un volumen de 303 págs., con 16 reproducciones fuera de texto de retratos y documentos. Ed. Les oeuvres représentatives, París, 1930. Precio: 12 fr.

Por fin tenemos el volumen largamente anunciado del compañero Grave sobre diversos tópicos de su actuación en la propaganda anarquista. Habiendo publicado en esta revista la mayor parte de ese material y teniendo aún para publicar algunos capítulos que no entraron en ese tomo a causa de la longitud que habría adquirido, nuestros lectores tienen ya una idea del contenido de estas memorias.

Son cuarenta años de propaganda anarquista a través de un temperamento singular y de una clara inteligencia. La historia tomará en esa recopilación de recuerdos profusamente para afirmar la ruta o para rectificarla, confirmando o rechazando puntos de vista y sugestiones.

A. RESNIK. — "Teatro Soviético". —Prólogo de Alvaro Yunque. — Editorial "Plus Ultra", Buenos Aires, 1929. — 80 págs,

Un libro en el que trata de detallarnos la evolución que se ha desarrollado en el arte teatral en la República de los Soviets. A. Resnik, su autor, es un obrero que ha visitado a Rusia con motivo del décimo aniversario del destronamiento del zarismo.

Relata una serie de argumentos de las nuevas tendencias y modalidades introducidas en el teatro oficial ruso durante el período actual.

Se da el argumento de "Ruge China", "La trama de la Emperatriz", "Razlom", "El tren blindado número 14-69", "Crecimiento" y otros comentarios sobre el teatro ruso contemporáneo.